

En su soneto «Madre Melancolía», dice lo siguiente:

A tus exangües pechos, Madre Melan-
[colía,
he de vivir pegado, con secreta amargura,
porque absorbí los éteres de la filosofía
y todos los venenos de la literatura.

En este desierto espiritual, su alma cansada y sedienta sueña con dulces expansiones, verdes enramadas y aguas frescas. Pero ay!:

¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!

En estilo verdaderamente romántico se encuentra una descripción de su propio funeral. En este poema recuerda a veces Becquer y a veces recuerda «El estudiante de Salamanca», de Espronceda. Como todos los del romanticismo, esperaba morir joven. Esto se revela perfectamente en uno de sus poemas y en su autobiografía.

Con respecto a sus poemas dice el profesor F. Molina: «En general, consideradas por personas de autoridad, resultan joyas literarias, y algunas de ellas, tales como «El Aguila», «Salutación a los poetas brasileros», y otras, son verdaderas obras de arte. Castelar, uno de los escritores más eminentes de España, dijo a propósito del poema titulado «El Aguila», lo siguiente: «Es necesario ser un águila para escribir un poema como «El Aguila».

Hay más de una razón para que Molina no sea tan conocido como debiera serlo. En primer lugar nació en un lugar muy pequeño y hay que tomar en cuenta que muchos escritores ni siquiera conocen la literatura de Honduras. En segundo lugar los escritores en la América Latina abundan tanto y su literatura es tan fecunda, que leerlo todo para seleccionar lo mejor es una tarea muy difícil. En tercer lugar, la irregularidad de su vida le impidió publicar un libro, de modo que el periódico llegó a ser el único medio de expresión. Además era muy joven cuando murió, pues apenas contaba 33 años de edad.

El estudiante de la literatura hispanoamericana indudablemente deseó comparar a Molina con Darío. En el concurso de los poetas centroamericanos que hicieron el viaje a Río de Janeiro, Molina sobrepasó a Darío. Rubén Darío al presentar a Molina ante el grupo de poetas brasileros, declaró enfáticamente que era el primer poeta de la América Central. Resta saber si mediaba en esto la magnanimidad de Darío o no.

Entre los poemas examinados, los más parecidos en el tema son el que Rubén Darío llama «La Niña Rosa» y el que Molina publicó bajo el título de «Tréboles de Navidad». Ambos se refieren a la Noche Buena y en ambos casos una niña le brinda un regalo al Niño Dios. En el poema de Darío

la niña en su ansiedad de dar algo que sea digno del Rey que acaba de nacer, se transforma, con la ayuda de su madre, en una rosa. En el poema de Molina, la niña enumera un sin fin de juguetes que desearía darle al Niño Dios y por último opta por darle una flor.

Para muchos el poema de Darío es sin duda alguna superior. Sin embargo, la magia le presta un encanto sobrenatural que ríe con la naturalidad y la sinceridad del niño que encontramos en el poema de Molina.

Ambos escribieron un poema que se titula «Metempsicosis». El poema de Darío tiene tal cantidad de licencias poéticas que no puede traducirse al inglés. Por otra parte, es un poema verdaderamente indigno de un gran poeta por ser el reflejo de una vida disoluta. En su poema Molina pinta a un ser que en el curso transmigratorio de la vida ha sido una gran cantidad de criaturas de todas clases y se ha enamorado de todas las bellezas. Véase un ejemplo:

Del ancho mar sonoro fuí un pez en los
[cristales,
que tuve los reflejos de gemas y metales.
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,
las brisas salitrosas, los vívidos corales.

«Aguilas y Condores» de Molina se parecen mucho a los versos de Darío titulados «Salutación al Aguila». Darío escribió su famosa oda a Roosevelt en la cual se reflejó el temor de la América Latina con respecto a las tendencias imperialistas de los Estados Unidos y algún tiempo después escribió «Salutación al Aguila» en la cual elogia a los Estados Unidos. Después escribió en «La Gran Cosmópolis» sus impresiones de la ciudad de Nueva York. En ese poema se encuentra una amarga crítica, aunque en él pueden hallarse muy de vez en cuando pequeños elogios.

En «Aguilas y Condores», Molina parece pensar en todo el hemisferio occidental, pero sobre todo en la América del Sur y evidentemente Molina sintió que el Nuevo Mundo tiene mucho de parecido.

«¿Hermanos no seremos en la América?»

Los seis más grandes hombres de la historia

[A juicio de Wells—véanse los REPERTORIOS 2 y 4-5, del tomo en curso—los seis más grandes hombres de la historia son: Cristo, Gautama Buda, Aristóteles, Asoka, Roger Bacon y Lincoln. El *Strand Magazine*, de Londres, ha consultado la opinión de varios escritores ingleses para confrontarla con la de Wells. Israel Zangwill, Oliver Lodge, Maurice Hewlett, Hall Caine, Edward Clodd, Lord Riddell, han dicho su parecer. Al lado de ellos, han contestado el crítico dramático del *Times*, A. B. Walkley, Bernard Shaw y G. K. Chesterton, cuyos juicios, con el resumen de Wells, damos a continuación].

A. B. WALKLEY

OBSERVABA una vez un sabio que el mundo no sabe nada de sus grandes hombres. Acerca de esto, co-

«No hay en el mundo más que una sola
[raza].
«¡Razas del Nuevo Mundo! Pueblos ameri-
[canos:
en este continente debemos ser hermanos».

Con frecuencia encontramos a Molina haciendo una crítica semejante a la de Darío en la gran «Cosmópolis». Al hablar de Honduras dice: Es... un rinconcito paradisíaco de América, donde la invasión de la horda rubia (la raza anglo-sajona), sedienta de oro de conquista, apenas si empieza.

Molina es siempre serio, y no hay en sus versos nada que revele superficialidad. Se siente arder el alma de un hombre en las estrofas que escribe. La mayoría de sus cantos están en tono menor y sus notas vibran acordes con las cuerdas más íntimas del corazón.

Habiendo nacido en la pequeña aldea de Comayagüela, anidada en un recodo del río, aprendió a amar los campos, las flores y las imponentes montañas.

Tan poderoso era su amor por la Naturaleza, que adquirió el hábito de divinizarla. Era rusoniano y romántico y elogia el estado primitivo y la Edad de Oro como lo hace Shakespeare en «La Tempestad» y Montaigne en su «Ensayo sobre los Caníbales». Su vida fué como la de Byron, su pensamiento como el de Lamartine.

Entre las estrellas refulgentes del firmamento centroamericano, se destacan José Batres y Montúfar de Guatemala, Rubén Darío en Nicaragua y Molina en Honduras. La reputación de Molina se debe principalmente a sus poesías, porque aunque sus prosas tienen un estilo altisonante, contribuyen escasamente a su gloria literaria. Sin embargo, son muy importantes si se trata de comprender el fondo espiritual y estético de Molina.

Por otra parte, son una fuente de información histórica y cultural de su país. Si Molina no es un genio universal como Darío, es sin duda alguna un artista más grande que Batres y el valor de su verso es eterno. No podría concebirse un tratado inteligente de la literatura hispano-americana sin el nombre de Molina.

mo de otras cosas, esperaba los informes de Mr. H. G. Wells. Cuando se le pidió que nombrara la media docena de figuras eminentes, dijo que la pre-